

convertido en una sala de recibir, cosa que siguió ocurriendo durante todo el tiempo de la estadía del «Monte Albertia». Aquello fué constantemente un jubileo de visitas, porque incluso cuando nos largábamos con la música y el baile para el interior, la gente acudía al «Albertia» para ver el barco-hotel, por charlar con los tripulantes, con un par de chicas que no pudieron desplazarse al interior; también por degustar una poquita de manzanilla. Resulta estéril señalar que el *récord* de visitas lo mantuvieron destacadamente las gallegas. Conviene no olvidar, para explicárselo todo, que Buenos Aires es la mayor aldea de las cuatro provincias del Noroeste.

Venían con nosotros, estratégicamente distribuidos entre los cuatro autobuses, y aun pilotando la caravana con el coche de papá, algunas muchachas y muchachos argentinos, para cuya amistosa colaboración no habrá nunca suficientes palabras de gratitud.

A toque de campanas entraron los Coros y Danzas en la aldea del milagro y la carreta, Luján, que lleva el nombre de un capitán español muerto frente a los indios en la expedición fundadora. Las muchachas cantaron la Misa de Angeles «como los propios», según decía castizamente uno de los acompañantes, que había sido becario del Instituto de Cultura Hispánica en Madrid. El hermoso y unánime rezo del Castillo de la Mota sonaba a gloria bajo las bóvedas góticas de fin de siglo. Las piedras básicas —con los nombres tallados de los donantes— eran como el archivo de una oficina del Registro Civil español. La bandera con que desfilaron por las calles de Buenos Aires nuestros marineros del «Galicia» debió estremecerse en su recoleto camarín de la Virgen, al compás de aquella litúrgica voz española, vetada de acentos andaluces, castellanos, vascos, aragoneses, catalanes, gallegos, asturianos; en la liturgia se hacían pan de gracias la unidad de las tierras

y de los hombres de España. Y en la plaza, con su aire virreinal —la losa dura y geométrica para las formaciones, los soportales nostálgicos, las fachadas bajas y el nacimiento de unas calles largas que huelen a Huelva—, varios altavoces echaban por su boca músicas españolas, desde «Granada» hasta «María de la O», incansablemente. Y el ademán peregrino de nuestras muchachas, comprando estampitas y medallas después de haber pedido tres gracias con las tres habituales Avemarias, y el disparo de las máquinas fotográficas sobre grupitos de amistad y colegio, como en una excursión de fin de curso, y la cordialidad de los de Luján; todo conspiraba para que ellas y nosotros nos encontrásemos como en casa.

## DEBUT

El trabajo alternaba con estos pequeños y dulces ocios. Ahora, a tanta distancia, casi a un lustro de aquel viaje, ni siquiera las escasas y viejas notas de mi carnet, ni siquiera el archivo de mis crónicas, sirven para ordenar de un modo preciso los recuerdos. El cable y el correo desorganizan fundamentalmente, en cuanto a fechas se refiere, mi ya menguada memoria. Pero esto. ¿qué importa? Si no me equivoca, entre el debut en la Argentina, que tuvo lugar en un teatro de La Plata, y una nueva actuación al aire libre en la misma ciudad, capital de la provincia de Buenos Aires, ha de colocarse la «première» en el Colón, que eso sí que fué bueno.

A La Plata llegamos casi de noche. Nos había precedido Adolfo con el jubiloso utilaje de los mayos. Estuvimos, un par de horas antes de comenzar la función, recorriendo incesantemente el teatro vacío. Se pasaban los bailes, se acomodaban las muchachas a las medidas del escenario, y Maruja Sampelayo, como un empresario yanqui en vísperas de